

PUBLICACIONES *Cinema*

*Lilian Harvey y
Willy Fritsch
en*

50
CENTIMOS



Siete Profetas

SIETE BOFETADAS

BASED ON THE MOVIE OF THE SAME NAME

INTERPRETADA POR

Lillian Harvey

Willy Pritsch



PELICULA DISTRIBUIDA

POR

ALIANZA CINEMATOGRAFICA ESPAÑOLA

(SIFA)

SIETE BOFETADAS

1

Las oficinas del Provincial Bank de Londres se llenaron aquella mañana de gentes nerviosas, que irrumpían apresuradamente. Ante las ventanillas se habían ido formando grandes colas.

—¿Pero qué es esto? ¿Es verdad que se cierra? — preguntaba alguno al entrar.

—¡Para siempre! — le contestaba otro, de mal humor.

—¿Y nuestro dinero?

—Ha volado.

—¡Pero si hace pocos días las acciones de "Fábricas Reunidas" estaban a 123!

—Hoy están por los suelos.

Un matrimonio discutía:

—¡Buena idea tuviste con traer aquí nuestros ahorros! — decía ella. — Si me hubieras hecho caso a mí.

—Hubiéramos comprado el coche. Ya lo sé; ¡no me lo repitas!

—Te lo repetiré a todas horas. ¡Algo mejor hubiera sido el coche!

—Para gastar el doble con arreglos.

Los empleados del interior se reían y se desvelaban para apartar a los clientes agolpados en las ventanillas sin permitir que las cerraran:

—¿Por qué me aconsejó usted la semana pasada que comprara las acciones?

—Porque era un buen negocio.

—¡Excelente! No dejaría de saber usted lo que iba a pasar.

—Yo soy un empleado; no soy un profeta.

Por estas conversaciones y otras semejantes, que podían cogerse al vuelo, cualquiera se daba cuenta de lo que sucedía. Se trataba de una de esas especulaciones financieras que hacen desaparecer misteriosamente los ahorros de las gentes incautas.

Ya los empleados habían logrado cerrar todas las ventanillas... Todas, no. Desde afuera abrieron una repentinamente y metió por ella medio cuerpo un joven no muy mal vestido y de complexión recta. Dirigiéndose al empleado que tenía más cerca, le dijo con mucha tranquilidad:

—Buenos días, señor. Yo traje aquí siete libras que eran todo mi capital. Quiero que me explique por qué han desaparecido de pronto sin un motivo que aparentemente lo justifique.

—Nuestros hemos perdido millón y medio.

—Lo lamento. Yo quiero saber solamente adónde han ido a parar mis siete libras. Imagínese usted que soy tanto absoluto y trate de explicármelo de la manera más satisfactoria.

—Usted debe comprender, una especulación... es una especulación. Sus libras... No sé cómo explicarle.

—Inténtelo usted.

—Los primeros días hubo una gran animación en el mercado... Luego vinieron unas fluctuaciones. Después... la calma...

—La calma... ¿Y eso es malo?

—Eso es. Pero ¿cómo quiere usted — terminó el viejo empleado — que yo le explique en un momento lo que me ha costado veintidós años aprender? Eso es una ciencia...

Y empujando al joven hacia afuera cerró de un golpe la ventanilla. Pero el joven la volvió a abrir y metió otra vez la cabeza, porque no le habían dado tiempo de despedirse:

—¡Old right! Buenos días, señor.

Después subió unas escalerillas interiores y se encontró en otra gran oficina llena de mesas. Con asombrosa naturalidad sentóse sobre una cualquiera y le dijo al empleado, un poco mingo, que en ella trabajaba:

—¡Soy una víctima de la ciencia!

Ya le había dicho que el empleado era mingo. Se levantó y suje-

tando bien las gafas, miró con cierta inquietud al joven, que además era atlético y deportivo.

—Quiero decirle — continuó éste — que conmigo han hecho un experimento...

—¿Y?

—Aquí tenemos un pastel de pasas.

—¿Dónde?

—Supongamos que tenemos aquí un pastel... Sin que nadie le toque, el pastel desaparece...

—¡Oh!

—Ahora bien, según las leyes físicas nada se pierde en el espacio.

—Exacto.

—Yo tenía aquí siete libras...

—No diga usted más. ¿Había de la ciencia...? ¡Hay magos!

—¡Oh!

—Los magos son unos seres dotados de un poder invisible.

—Exacto.

—Un mago traza una raya debajo de un pastel, hace así con el dedo...

—No diga usted más... ¿Quién es el que puede hacer así con el dedo? — Y el joven, imitando al empleado, hizo el mismo ademán, como de garabato con el dedo índice.

—En Inglaterra hay tres magos de las finanzas — continuó el empleado.

—¿Uno se llama...?

Se le acercó el empleado al oído y algo le dijo por lo bajo. Y se fué repitiendo:

—¿Astor Terbanka? ¿Astor Terbanka...? ¡El Rey del Acero! Lo conozco.

II

Las oficinas del Rey del Acero ocupaban el edificio más suntuoso de una gran avenida de Londres. A lo largo de la fachada entre dos pizos se leía el nombre del propietario en grandes letras doradas. Astor Terbanka. No hacía falta añadir más. Todo Londres sabía que allí dentro trabajaba el gran alquimista de las finanzas, primer contribuyente de Inglaterra.

Nuestro joven intrépido penetró en el vestíbulo y un portero, que parecía un duque, le detuvo por la manga del gabán.

—Lana pura — dijo el joven volviendo la cabeza. — ¿Te gusta el paño?

El portero, confundido por tanta decisión, le pidió mil perdones y le dejó pasar. Arriba entregó el gabán al criado que le abrió la puerta y le ordenó:

—Anúnciame a mister Terbanks.

—¿A quién anuncio?

—Le contestó con otra pregunta:

—¿Cuánto tiempo llevas en casa?

—Cinco años.

—Me lo figuraba. Por eso no me conoces. Anúnciate a su hijo.

El criado desapareció lleno de asombro y el joven tomó asiento en un sillón. Luego cruzó las piernas y se puso a contemplar el techo, que no tenía nada de particular. En aquel momento estaba mister Terbanks reunido en el despacho con sus colaboradores tratando de peinar a los accionistas de no sé cuál de sus sociedades un nuevo desembolso del 20 por 100. El criado entró confuso:

—Señor, me ha permitido interrumpir esta reunión, por importante que sea, porque afuera espera un joven, que ha llegado muy deprisa, pidiendo que le anuncie inmediatamente. Es su hijo.

Mister Terbanks estiró el cuello, porque el respaldo de su sillón de presidente era muy alto y no se podía dejar caer hacia atrás. Miró con los ojos muy abiertos al criado, miró luego al abogado aser, que tenía a su derecha y le preguntó:

—¿Tenemos un hijo?

—En mis actas no consta.

—Durante treinta años —añadió mister Terbanks con más solemnidad— me ha aconsejado usted jurídicamente. ¿Qué hago?

—Despida a ese joven.

—Dile que pase — ordenó mister Terbanks, dirigiéndose al criado.

Y luego el aser:

—Un muchacho, que se anuncia de modo tan original, puede sernos útil en los negocios.

Entró el muchacho decididamente y mister Terbanks le señaló la silla fronterera a la suya al otro lado de la mesa. Los colaboradores se retiraron discretamente haciendo una inclinación de saludo. Quedaron los dos frente a frente.

—¿Fumas? — preguntó el financiero a "su hijo" alargándole una caja de cigarrillos.

Tomó uno y después de encenderlo sin prisa empezó a hablar: —Primeramente, usted me perdonará que tenga el disgusto de asegurarle que no soy su hijo.

Mister Terbanks no hizo más que sonreírse.

—¿Y luego? — preguntó.

—Luego quería pedirle que hiciera usted otra vez así. — Y describió con el dedo índice en forma de garbato el ademán de atrapar en el aire alguna cosa.

—¿Qué?

—Que haga usted reaparecer las libras que coloqué en sus acciones.

—¿Buen muchas?

—Toda mi capital.

—Lo colocó usted para ganar más, ¿no?

—Naturalmente.

—¿Y lo perdió?

—Todo.

—¡Oh! Pero las especulaciones son eso. También usted hacía una especulación. Unas resultan bien; otras mal. Unas pierden y otras ganan.

—¿Y no tendrán algunas otro nombre?

—¿Cuál?

—Al de robo, por ejemplo.

Mister Terbanks llamó a su abogado:

—Dígame, mister Perkins... ¿Qué es robo?

—Capítulo 443: Robo es la usurpación de la propiedad ajena contra la voluntad de su legítimo poseedor.

—¿Es ese nuestro caso?

—De ningún modo.

—¿Y el de estafa? — volvió a preguntar el joven.

—¿Qué es estafa, Perkins?

—Capítulo 453: Estafa es la captación de lo ajeno, con ánimo de lucro, por medio de una impostura.

—¿Estamos en ese caso?

—Claro que no.

—Este señor — observó el joven — sabe mucho de los capítulos del Código. Pero, ¿la moral? ¿Aún queda la moral?

—¿Qué dice la moral, mister Perkins?

—Eso no me incumbe.

—Ya lo oye usted — dijo Terbanks a su visitante. — Ni robo ni

estaba—. Hizo luego una pequeña pausa y continuó: —¿Cuántas eran las libras que usted ha perdido?

—Siete...

—¿Siete mil?

—Yo no hablo de miles.

—¡Oh, entonces...! Señor Perkins, acerque usted unas botellas ¿Qué bebe usted, joven? ¿Jerez? ¿Oporto?

Mister Terbanks llenó las copas y ofreció una a su joven cliente.

—¡Siete millones de libras! — ponderaba admirativamente mientras se la alargaba... ¡Es una gran cantidad!

—Todas las acciones de la Sociedad no valían más de un millón y medio — observó mister Perkins.

—¿Cómo? — En joven llevaba en aquel momento la copa a los labios, Mister Terbanks se la cogió en el camino — ¿Es decir que eran siete libras? ¿Siete asquerosas libras?...

—No he dicho nunca otra cosa. Usted no me ha dejado hablar. Mister Terbanks tocó disimuladamente el botón de un timbre por debajo de la mesa.

—Y por siete libras — vociferaba. — Por siete horrendas libras hemos estado hablando ya más de un cuarto de hora cuando cada minuto mío vale muchos miles de libras ¿Cree usted que tengo yo mi tiempo para perderlo así con el primer osado que tenga la desprecupación de venir a interrumpirme?

Un negro gigantesco había entrado sigilosamente en el salón mientras mister Terbanks vociferaba. Se colocó de espaldas al joven osado y enlazándolo por los riñones le cargó sobre los suyos como un fardo. Mientras le sacaban de aquella manera alejosa para tirarle en la calle, el joven se deshacía en improperios contra mister Terbanks.

—No me echaron al mundo mis padres — decía golpeándose rabiosamente el pecho con las dos manos — para que nadie me haga una burla detrás de otra. ¡Aprenderá usted mi nombre! señor Terbanks, ¡aprenderá usted mi nombre!

Desapareció a espaldas del negro y se cerró la puerta. Pero se abrió otra vez... Aquel muchacho tenía en sus costumbres la particularidad de despedirse en todo caso correctamente. Volvió con los cabellos por la cara, con la corbata fuera del chaleco...

—Lea usted mañana el "London News", señor Terbanks. Pero después del desayuno.

Dijo eso y se marchó definitivamente.





... y apareció el señor Terbanks con la mano sobre la mejilla.

III

Astor Terbanks tenía una hija, que era un milagro de esbeltas y de ojos azules. La vez era delgada y caliente como una hebra de terciopelo y se comprendía que hubiera con ella un dogal a la hora de los caprichos. Para evitarme descripciones prolíjas, diré que la señorita Terbanks se parecía como un lirio a otro lirio, a la artista de la "tira" L'Élan Harwey. Aquella mañana se había levantado muy contenta, porque al despertar se encontró con un regalo inesperado de su papá. No es de extrañar por lo tanto que mientras desayunaban los dos juntos la untara ella de mantequilla las rebanadas de pan tostado con más gracia que cualquier otro día.

—Qué bueno eres, papá — le decía acariciándole. — Ese bocado tiene que valer un dineral. Y es cosa extraña — añadió después de una pausa. — Siempre que veo allá gentes nerviosas al día siguiente me haces un regalo de mucho valor. Era una observación ingeniosa de la que se desentendió Terbanks con una sonrisa suficiente:

—Trabajo mucho, hija mía. Mis negocios no pueden marchar mejor. Dentro de poco serás la heredera más rica de nuestro país. Algún día tendrás que casarte.

—Con Norton?

—Lo mato antes.

—Con Wigglebottom?

—Te mato a ti.

—Con Higgins?

—Me suicido...

—Entonces papá, no voy a poder casarme si no es contigo.

—Ni aun así me dominarías tanto como me dominas ahora, tiranuela.

Ella acarició las mejillas con ambas manos y luego se puso a demorar mantequilla mientras ella leía los periódicos de la mañana. El primero que abrió fue el "London News" y en la primera página leyó algo que le hacía abrir mucho los ojos.

—Mira, papá, lo que dice este periódico. ¿Qué quiere decir

esto? Y leyó en voz alta: "Desafío: El que escribe anuncia que dará siete bofetadas ante testigos y en siete días consecutivos al Rey del Acero, mister Astor Terbanks. Por encima del cielo y de la tierra se las dará todas—ni una menos ni una más—para que el famoso financiero aprenda a respetar el número siete.—Firmado: Tenson Maa Phab."

—¿Qué es esto, papá? ¿Quién es este Tenson que te amenaza?
—No tengas cuidado. Será alguno que quiere dar popularidad a mi nombre a favor del mal. No es fácil que cualquier tipo de la calle pueda llegar hasta aquí para darme una bofetada. Estale traballa. Nada puede ocurrirme.

Y Terbanks salió hacia su despacho aparentando serenidad, pero en realidad un poco preocupado. Preocupado se quedó también su hija. En aquel momento un criado anunció al Duque de Wigglebottom y el Duque entró con un gran ramo de flores. El Duque era un joven de aventajada estatura, pero despacio y al mismo tiempo como una dama. Se planchaba el pelo y se harilizaba las uñas. A la hija de Terbanks la llamaba siempre princesita, no tanto por ser hija del Rey del Acero como por el gusto suyo de expresarse en un subido tono patético. Se puso casi sobre el brazo del sillón en que ella estaba sentada, para ofrecerle el ramo:

—Princesita, hace más de un año que revoloteo en torno vuestro como las mariposas que libaban en estas flores y de las cuales guardo vuestra marca una semejanza cuando las acarician.

La princesita en efecto se había puesto a acariciar las flores y sus manos eran realmente muy lindas.

—¿Y eso es digno, querido Wigglebottom?

—De ninguna manera, princesita. ¿Pero esperanza a mis rendidos afanes?

—Sole mi mejor amigo, Duque. No queráis privarme tan pronto de una amistad que tanto estimo.

Por estos decretos empezó a marchar la conversación del Duque y de la hija del Rey del Acero. Pero siendo el Duque, como ya podéis observar, bastante necio, su conversación no podía ser muy interesante. Vale más que la detemos ahí y veamos a ver si el joven Tenson está dispuesto a llevar a cabo su desafío. También la princesita estaba seguramente pasando lo mismo.

III

Dos días después de los acontecimientos que relatados quedan encontramos a Tenson en la redacción del "London News", sentado junto a la mesa del repórter Jaskett, de fama envidiable por sus crónicas ágiles y ruidosas. Ya el día anterior había dado Tenson la primera bofetada al señor Astor Terbanks. No tuvo gran dificultad por ser la primera. Cuando Terbanks entraba en el coche que le esperaba a la puerta de su domicilio, un motorista, que parecía haber perdido la dirección de su máquina y que no hay para qué decir que era el propio Tenson, fué así a estrellarse contra el automóvil; pero lo que en realidad hizo fué a meter la mano por la ventanilla y dejarla caer sobre el rostro rectángular del Rey de las finanzas inglesas. El motorista se dio a la fuga sin que pudieran hacer nada para vengar la afrenta de su señor ni el chofer ni los criados, que por el lado opuesto estaban cerrando la puerta del coche. El "London News" publicó la noticia con todos los detalles pero, condenando, claro está, la reprochable acción del joven Tenson. Con ello logró que las altas capas sociales y por consiguiente las bajas, de la población londinense empezaran a interesarse por tan original desafío, lo que suponía un aumento muy sensible en la tirada del periódico.

—¿Continúa usted con la idea de llevar adelante su reprochable empeño? —preguntó el repórter a Tenson.

—Ya no podría volverme atrás. Toda Inglaterra está pendiente de mí en estos momentos. Ven usted este montón de cartas y telegramas.

—Según eso, no tengo más remedio que hacerlo la primera entrega sobre la cantidad prometida. Ahí va.

Y el repórter alargó a Tenson un billete de cincuenta libras.

—¿Y qué dicen estas cartas?

—Son de admiradores y admiradoras que aplauden mi gesto y me animan a no desmayar... ¿Qué hora es?

—Las once menos cuarto.

—Me voy; todavía llegaré a tiempo. Quiero dar a la mujer que me envía esta carta el placer de conocerme.

—Y a usted el de conocerla a ella.

También. Es interesante. Me atrae para los ojos en el puente del Hyde Park. Deseo que la conozca por sus ojos azules.

—¿No será una trampa? Una mujer, que lleve unos ojos tan bellos, puede ser peligrosa.

—No hay cuidado, ya le tendré yo de no caer en sus redes, si quiere tendermela.

Salió Tenson corriendo a tomar un taxi y aún llegó a tiempo a la cita. En el centro del puente había una señorita cubierta con un elegante abrigo claro, echándole miguitas a los patos. Nosotros la conocíamos ya. Era la hija del Rey del Acero.

—¿Pícan? — preguntó Tenson acercándose por detrás.

—¿Quién? ¿Los patos?

—Y los peces, a mí me cae igual. Lo que yo quería era que usted volviera la cara, para ver si tenía los ojos azules.

—¿Ya los había visto usted?

—Ha visto que son como dos pedacitos claros de firmamento. ¿Cree usted que nos sentamos en aquel banco de al lado? Odio los puentes.

—¿Es una manía?

—Es culpa de mi nodriza. Me contaba que los puentes se hundían cuando pasan por ellos los niños mentirosos.

—¿Cuántos años tenía usted cuando le contaba estas cuentos su nodriza?

—Siete...

—¿Y a los siete años tenía usted nodriza?

—Sí, aunque no estaba ya en el ejercicio de sus funciones.

Habían llegado al banco y se sentaron el uno junto al otro. La señorita Terbanks explicó sin muchos rodeos a Tenson que le había querido conocer porque su rasgo de "sportman" le parecía muy valiente; pero que ahora que lo conocía y le estaba resultando muy simpático, le pesaba verle comprometido en una empresa tan peligrosa. Al decir esto la señorita Terbanks se aproximó un poco más a Tenson.

—Y en resumen — preguntó — ¿por qué fué el desafío?

—Por siete libras.

—Poca cosa.

—No se fije usted en la cantidad. Es que yo soy en este caso el representante de todos los que no están en situación de poder llevar más de siete a las combinaciones financieras del señor Terbanks.

—Yo le estimaría a usted más si desistiera de su empeño.

—Y me despreciaría toda Inglaterra, ante la que estoy comprometido.

—¿Y si hubiera alguien que se obligara a restituirle a usted las siete libras...?

—No las aceptaría por no perder la estimación de una persona a la que conozco hace cinco minutos y hace ya tres que la...

La señorita Terbanks se inclinó un poco sin dejarle terminar la frase:

—Cuidado con lo que dice, que tenemos que pasar al otro lado del puente! ¡Vamos?

Echó ella a andar delante y él se quedó mirando su figura cabellera.

—Love como un juncal — dijo.

—Pero no tan flexible — replicó ella.

—Según la mano que lo maneje...

Ella a pronunciar el nombre de ella y entonces se dio cuenta que no lo sabía.

—Baby... Baby me llaman los que me quieren.

—¡Baby! ¡Como una perrita! ¡Unas patitas, una colita, y en el medio, nada!

—¿Y usted?

—Baby; eso es, Baby. Así me llamaba la tía Greta, que me quería mucho.

—Le quería a usted menos si lo viera obcecado por el afán irrazonable de abofetear a un hombre.

—Va a conseguir usted ponerme coloso.

—Eso no; mi interés es sólo por usted.

—Prometo no darle muy fuerte.

—Por él no me importa, es lo seguro. Ni le conozco siquiera.

—¿Que estamos en medio del puente, Baby, que estamos en medio del puente...! ¿Tiene usted hoy?

—Las doce menos diez.

—Es muy tarde. A las doce tengo que estar lejos de aquí. Voy a buscar un taxi en seguida.

Lleva, pues, este era su verdadero nombre, sospechó lo que tenía que hacer Tenson a las doce, y se propuso desbaratarla la combinación.

—No se apure usted. Le llevaré en mi coche.

Montaron en el soberbio "Roadster" masinal de la muchacha.

—¿Hasta dónde le llevo? — preguntó ella, con las manos en el volante.

Vaya usted en línea recta.

Enfiló el coche una larga Avenida, Tenson, preguntó:

—¿Nos volveremos a ver?

—Puede ser que algún día...

—Esta tarde.

—Me será imposible seguramente. Ninguna ocasión peor para mí que esta tarde.

—Para mí, ninguna mejor... ¿A las cinco?

—No, ¿Es usted exigente?... A las cinco y media.

—¿Dónde está. Ya ve cómo cedo. ¿Dónde?

—Junto a la estatua de Enrique VIII.

Había llegado al cruce de dos calles, donde un guardia tenía detenida la circulación. Dayal hizo con el claxon una señal llamando al guardia. Este volvió la cabeza, pero estaba en aquel momento muy ocupado.

—Me apartaré yo a llamarle — dijo Tenson aprovechando el pretexto para marcharse, porque adivino la mala intención.

—Le llama usted aquella señorita — dijo acercándose al guardia. — ¡Atienda pronto!

Luego, volviéndose a Dayal desde lejos le dijo adios con la mano. Cuando el guardia dejó restablecida la circulación, se dirigió al coche de Dayal, que estaba furiosa.

—¡A buena hora! Debía usted haber detenido a ese joven...

Pero Tenson había desaparecido ya en la riada humana de las aceras.

IV

A aquella hora de las doce habían dejado los obreros el trabajo y estaban al pie de los andamios quitándose la ropa de faena para irse a comer. Me refiero a los obreros pintores que trabajaban aquellos días en la fachada trasera de la casa de Terbanks. Llegó un hombre con el cuello del gabán medio sobido y señalándose entre ellos sobre unos tablones se puso a examinar en silencio las obras, como si le interesaran muy particularmente. Nosotros sabemos que es Tenson, porque le conocemos ya, pero los obreros, viendo la atención con que examinaba el trabajo realizado, creyeron que se trataba de un técnico o un contratista.

—¿Tendrá un metro? — preguntó.

Cuando se le dieron la dendoble en parte, midió con la vista algo en la pared y dijo como hablando consigo mismo:

—Si aquella franja del primer piso me parece demasiado ancha. Voy a ver.

Y se dispuso a subir tranquilamente a los andamios, mientras los obreros se iban en busca de la comida del mediodía. En aquel mismo momento se hallaba el señor Terbanks dictando una larga carta de negocios a una mecanógrafa. Le acompañaban cuatro hombres igualmente adáctos, igualmente silenciosos, e igualmente resurados. Sin añadir más habían entendido ya todos los apuntes a leer novelas policíacas que eran cuatro detectives. Estaban allí porque Dayal los había traído para defender a su padre. Este se los encontró ya en su despacho cuando entró por la mañana. A Terbanks le gustaba jugar sus cartas dando grandes paseos por la habitación. Paso que daba él era paso que daban los cuatro detectives, por voluntad de Dayal, que así se lo había ordenado al pie de la letra para hacer fracasar a Tenson. Astor Terbanks aportaba resignadamente aquella situación un poco ridícula, pero no podía menos de ponerse nervioso cuando al dar en sus paseos una vuelta demasiado repentina, porque le había brotado alguna idea luminosa, se encontraba con las narices de los cuatro abuelos. En medio de sus ideas y venidas sin título restaba la necesidad imperiosa de salir pasillo adelante. Los cuatro hombres salieron detrás de él. Empujó una puerta y como los detectives iban a entrar también, acabó de abrirla para meterlos al interior, que era el del cuarto de lavabo y sin palabras, con una muestra de mal humor, qué decirles:

—¿Pero, también aquí?

Los policías se volvieron discretamente de espaldas y esperaron al nuevo guardia delante de la puerta. No había pasado un minuto y sonó con bastante claridad dentro del cuarto una botafada. Por si había alguna duda, se abrió la puerta y apareció el señor Terbanks con la mano sobre la mejilla derecha, que era donde le habían dado. En el exterior, Tenson, el fingido contratista, como quien ha terminado su tarea, bajaba sin demasiada prisa la escalera de los andamios. Cuando el señor Terbanks reaccionó pasado el primer anonadamiento se puso furioso y llamó a su abogado. En aquel momento entraba también el Duque de Wiltshire que al enterarse de lo que sucedía, mostró tímidamente su desolación.

—No estoy dispuesto — gritaba Terbanks — a que continúe

prevaleciendo un día más la coadía de ese hombre. En el Código habrá algún artículo que ofrezca el medio de ponerle en manos de la Justicia.

El señor Perkins les había repasado ya todos y como a él iba dirigida la instrucción, contestó tristemente:

—El Código nada dice de bofetadas.

—Tendrá que decirlo. No es posible que nos deje a merced de quien quiera dárnoslas todos los días.

—Me temo que así sea desgraciadamente. Desde el punto de vista de los motivos procesales hubiera sido mucho más ventajoso para usted que Tenson lo hubiera... Y el señor Perkins hizo un gesto muy característico.

—Sí, que me hubiera dado una palmada.

—¡Doloroso, pero distinto! En ese caso nuestra querrela estaría respaldada claramente por los artículos precedentes...

—Pero ese caso no es el nuestro — interrumpió Terbanks perdiendo la paciencia — ¿Es que no hay crímenes, no hay crueldades para el Código mientras no llegue el criminal a partarnos las entrañas? ¿Para el Código no existen las ofensas a la dignidad y al buen nombre de las personas?

—Podría — dijo el abogado solemnemente — considerarse la bofetada como una ofensa hecha a mano...

—A ver, a ver...

—La ofensa en tal caso iría gradualmente desde la más leve carfala — y Perkins dio al Duque, que estaba a su lado, un toquecillo en la barbilla — hasta la contumeliosa brutal.

—¿Y cómo se castigaría?

—El castigo oscila entre una pequeña multa y los seis meses de prisión.

—No me interesa. A los seis meses volvería a empezar. Necesito la prisión perpetua para ese torco sinvergüenza.

—¡El asesinato! — observó Perkins — Para eso sería preciso que llegara al asesinato.

—¿Es decir, que para verme libre de Tenson necesito dejarme asesinar? ¿Para qué sirven entonces vuestras leyes? ¡Y esta tarde el periódico dando la noticia de la segunda bofetada! A ver... Déame el número del "London News". Que me pongan con el redactor-jefe.

Un criado ejecutó la orden y el señor Terbanks tomó el periódico.

—¿Es el redactor-jefe...? Aquí mister Terbanks, el primer con-

tribuyente de Inglaterra, dígame usted... ¡El primer contribuyente de Inglaterra! Y le digo que no estoy dispuesto a que continúe esa campaña de escándalo alrededor de mi persona. Terminaré con su periódico. ¡Entiende usted bien?... Terminaré con su periódico, si no rectifican hoy mismo. No es verdad que Tenson me haya dado ni la primera ni la segunda bofetada.

—¿Cómo? ¿Cómo dice usted? ¿Que fué ante testigos?

—¡Mentira! La primera vez sí, pero la segunda no lo vió nadie...

Terbanks se dio cuenta de que en medio de la desesperación había cometido su error; y colgó el teléfono más desesperado todavía.

Alguna que se hallaba ajena a la conversación, hojeando un gran volumen, vino en su consuelo.

—¡Ajá! Ya está aquí la solución.

Puso sobre la mesa el tomo más pesado del Código y preguntó a mister Terbanks:

—¿Usted cómo le dieron la bofetada?

—¿Cómo me la habían de dar? Con fuerza. No tan fuerte, que me hiciera perder el sentido, pero sí de tal forma que me quedara estupefacto.

—No, no es eso lo que le preguntó. Mire usted...

Se inclinó sobre el libro y con los dedos iba señalando las líneas mientras leía: "Se puede ofender a las personas, pero no a las entidades..."

—¿A usted cómo le dieron la bofetada? — repitió — ¿Cómo particular a como presidente de las "Fábricas Reunidas"?

—Es de creer que fuera como presidente.

—¿Pero no hay ofensa. A una sociedad no se la puede ofender con bofetadas. Le puede usted decir ahí me las den todas...

—No, querido mío. Su Código es demasiado estúpido. Aunque las bofetadas se las den al presidente de la Sociedad, es a mí a quien le duelen y me dejan en ridículo. ¡Procuraré defendarme por mi cuenta!

Terbanks dio un manotazo a Código y se dejó caer en un sillón, donde se quedó incubando planes de venganza.

Dayal escuchó a la cila de la tarde. A las cinco y media estaba ya cerca de la estatua de Enrique VIII. Había dejado el coche en uno de los paseos que desembocan en la plaza donde se levanta el monumento y se puso a pasear, contemplando la desbordante humanidad del rey que más paves truladas se ha comido en Inglaterra.

Tenson no llegaba... Pero llegaron en cambio dos vendedores del "London News" vocando la noticia de la segunda bofetada, que había recibido ya el Rey del Acero. Dayal pidió un número, lo leyó y lo arrugó con rabia. Luego se dirigió al coche decidido a marcharse sin esperar a Tenson. Cuando abrió la portezuela para sentarse al volante, vio que Tenson estaba sentado en su lugar.

—Siéntese usted al otro lado — dijo él tranquilamente—. Vámonos a dar un paseo.

—¿Qué hacía usted aquí? — preguntó ella cuando empezaron a andar.

—Esperarla a usted.

—No era aquí, era cerca del monumento donde tenía que haberme esperado.

—Tuve la impresión al llegar de que estaba vigilado aquel terreno. En el coche estuve mejor.

—¿Y por qué no me deja guiar a mí?

—La manitas suaves de una mujer no son las más indicadas para este oficio. Meta la mano en el bolso interior de mi americana.

—¿Para qué?

—Saque una carta y léala.

Dayal le rebuscó en el bolsillo izquierdo.

—¿No está ahí? Mire a ver en el otro. ¡Pero no me haga coquillas!

Encontró por fin la carta y se puso a leerla. Decía: "Tendremos mucho gusto en verle por nuestro cabaret. Es usted el hombre de moda en Londres y su presencia despierta la mayor curiosidad en todas partes. No pretendemos presentarle al público.

Nos contentaremos con poder dar cuenta, al día siguiente, de que ha visitado usted nuestro establecimiento, etc., etc."

—Puede usted estar satisfecho de su popularidad — dijo Dayal cuando acabó de leer.

—Seguro todo porque nunca pensé en buscarla.

—Es una popularidad bien triste la que se alcanza por abostear a un pobre viejo.

—¿Ese viejo? ¡Si usted no lo conoce!

—Le conozco ya todo el mundo por culpa de usted.

—Usted, además, le defiende.

—Me da lástima. Y usted me resulta cada vez más molesto. Sólo en centros de tan mal gusto como este cabaret encontrará usted admiradores.

Habían llegado ya al cabaret Rosigen, que se anunciaba desde mucho antes de llegar por sus grandes letreros luminosos. Entraron y tomaron asiento en un palco. En aquel momento estaban haciendo en el escenario un número, que no dejaba de ser original, seis o siete muchachas someramente vestidas. Parecía como si al compás de la música trataran de coger del suelo unos objetos invisibles, que luego iban todas a depositar en el centro del tablado. Cuando sin duda los habían cogido ya todos, se fueron sacudiendo de gusto y un "speaker" anunció al gran transformista Planelli.

Dayal hacía como que se aburría mucho y acaso fuera verdad.

El transformista se movió detrás de un biombo y en menos de lo que tarda en quitarse el sombrero apareció por el otro extremo caracterizado de Napoleón, con la casaca algo apolillada.

—¿El príncipe de Gales! — preguntó Tenson humorísticamente al oído de Dayal.

Se movió Napoleón detrás del biombo y salió el Negro.

—El presidente de la Liga de las Naciones — dijo ahora Tenson riéndose. También se rió Dayal. Pero se le cortó de pronto la risa cuando al desaparecer el Negro, salió por el otro lado... Astor Terbank. El público prorumpió en una ovación. Tenson aplaudió también, sin poder contenerse.

—¡Está perfectamente caracterizado! — dijo—. Los espectadores le han conocido en seguida. No hay hoy día una persona más conocida en Londres, gracias a mí.

La hija del banquero estaba deshaciendo de rabia bajo la mesa una punta del mantel.

—¡Es una crueldad! Le aborrezco a usted, Vámonos.

Tenían que atravesar Hyde-Park y había anochecido ya. Era Dayal la que llevaba ahora el volante. Tenson dio vuelta al botón de la radio. Hablaba del gran partido de foot-ball que se iba a celebrar al día siguiente entre los equipos finalistas de Escocia e Inglaterra. Después, el "speaker" reclamó atención para decir que mister Astor Terbank, acusado de la persecución de que era objeto por un desconocido, anunciaba que dispararía contra todo el que pretendiera acercársele.

—¡Caramba! — comentó Tenson. — El asunto se pone difícil.

— Ya lo ve usted. ¡Acabará matándole!

— ¿Lo desea usted?

— Lo sentiría un poco... Pero bien merecido lo tiene.

— ¿Se le antoja jugar con una sola mano? — preguntó él acercándose en el asiento.

— No lo probado nunca.

— Pues no lo haga; es muy peligroso. — Y al decirlo, Tenson estrechó fuertemente a Dayal y le dio un beso.

— ¿En usted un día? — protestó ella con un poco de enfado. — Y ahora mismo me apes.

Bajo Dayal del coche y él desde dentro se disculpó:

— ¡Migra usted algo! Usted misma me despreciaría, si viajando yo a solas en un coche con una mujer tan bonita, en una noche de Mayo...

— Se equivoca usted; ¡no estamos en Mayo!

— A su lado me lo pareció.

— Se me están enfriando los pies.

— Suba al coche. Me bajaré yo.

Después que ocupó ella su asiento nuevamente y él se quedó en tierra, Tenson se puso a hacer ejercicios gimnásticos.

— ¿Qué hace usted?

— Procurar no quedarme helado. Espero que por lo menos me envíe usted un taxi cuando llegue.

— Acuéstate usted en el asiento trasero.

Don Tenson se subió al shi-ty-pútras, pero estaba cerrado.

— ¡Tengo, usted la llave.

Abrió el asiento y se acomodó, pero entonces el coche no podía arrancar, porque la llave de la caja de atrás era la misma del arranque. Tuvo que bajar Tenson a devolver la llave a Dayal y cuando bajaba cerró el asiento de golpe para hacer el juego interminable.

— ¡Me está poniendo nerviosa — le gritó Dayal. — ¡Síntese usted aquí, antipático!

Enfadado de nuevo el uno junto al otro, el coche se puso en marcha. La noche de Noviembre era fría, pero a Tenson le seguía pareciendo de Mayo. Al entrar Dayal en su casa, el duque de Wirt-bolton, que la esperaba un poco alarmado por la tardanza, salió a su encuentro:

— En mi la ocurrido nada, contestó ella a las preguntas atropelladas del Duque. — Pero la partida ocurrió. ¡He ido en busca de ese hombre!

— ¡Qué imprudencia! ¿Y lo habéis encontrado?

— He hablado con él.

— ¿Cómo era?

— ¡Oh...! — exclamó ella, fijó los ojos en el espacio como si le estuviera viendo. — Pobre estrecho de criminal nato... Ojos pequeños... Manos muy brutales... ¡Admirable!

— ¿Y cómo admirable, Princesita?

— Admirable el plan que he urdido contra él — corrigió. — He logrado hacerle desistir.

— ¿Puedo preguntarle, Princesita, a costa de qué sacrificios?

— Mejor es que no me lo preguntéis, Duque...

Y Princesita, ruborizada nada, se le trató siempre con un respeto de adoración...

— Y sin discreción vuestra yo la aprecio en todo lo que vale. Ella es la que me mueve a teneros siempre junto a mí. ¿Quién mejor que usted me acompañaría en el palco, en las excursiones...?

El pobre Duque alborotado y grosero, ahora más que nunca empezaba a ser un jugador grande en las manos crueles de la Princesita caprichosa.

VI

Al día siguiente no se hablaba en Londres de otra cosa que del partido de foot-ball que se iba a celebrar por la tarde entre ingleses y escoceses. La batallada del día había pasado a segundo término. Ni los treinta selectivos — ¡20! — que habían guardado alrededor de la casa de Terbank se libraban del contagio. Discutían entre sí y hablaban con los chicos de los andamios sobre las probabilidades de victoria de cada uno de los equipos. Terbank era un aficionado de los buenos. Y además un partidario intransigente del equipo nacional. Se le estaba pasando toda la mañana en planear jugadas y discutir probólicas con los detec-

tivos de su guardia interior. Por eso se desesperaba pensando que aquella tarde no podría asistir al partido. ¡Si al menos le hubieran dado ya la bofetada por la mañana! De haber visto aparecer a Tenson, él mismo le hubiera presentado la mejilla, para irse ya sin ese cuidado.

Llegó la tarde, empezó el partido... En la casa solo quedaba Terbanks con los cuatro detectives, agachados los cinco sobre la caja de la radio para oír las noticias del encuentro, que se emitían desde el campo.

—En este momento — decía el "speaker" — salen a la palestra nuestros muchachos a los acordes del himno nacional. La multitud los ovaciona... También los escoceses son recibidos con aplausos alentadores de sus numerosos paisanos, que han venido a presenciar la lucha... El juez tira la moneda al aire... Les corresponde salir a los nuestros. En cambio los escoceses juegan a la sombra...

Terbanks abrió a la puerta una última mirada de esperanza... La puerta seguía implacablemente cerrada.

—Será el primer partido interesante que dejo de ver en mi vida — dijo.

—Por desgracia podemos darle ya — corroboró uno de los detectives —. Y se dispuso a romper su boleto de entrada.

Terbanks se lo arrebató de las manos.

—¿De qué localidad es Sombra... del lado de los escoceses... ¡No voy con él! No puedo aguantar más, pase lo que pase. ¡O sea es "sportman" o se es estúpido!

Y Terbanks se fue sin escuchar a los detectives que le recordaron las culpas de su hijo y el anuncio hecho por Tenson a última hora de que el Terbanks se atrevía a ir al partido le daría la tercera bofetada aquella tarde ante 80.000 espectadores. La localidad de Terbanks era muy cerca del terreno de juego en un sector acunado casi totalmente por escoceses, que habían acudido al campo luciendo muchos sus trajes regionales. Dayt que desde su palco los estaba mirando con los gemelos rió entrar a su padre y ya no tuvo momento de reposo desde entonces. En vez de mirar a los jugadores no miraba otra cosa que a los localidades próximas a los de su padre, temiendo ver a Tenson acercándose de un momento a otro. En seguida le vió entrar y tomar asiento en la misma fila, cerca de la puerta. Se lo comunicó al duque, que lo acompañaba en el palco:

—Sí, ya lo veo — dijo éste mirando con los gemelos —. Frente

estradia... Ojos pequeños... Mandíbula brutal... ¡En él, no cabe duda!

Para quien el duque veía, conforme a la descripción que la víspera le había hecho Dayt, era a un cargador de los muelles, que no estaba lejos de Terbanks.

—Es preciso poner en guardia a su papá, Princesita. Voy yo mismo.

Bien pronto rió Dayt aparecer al Duque en la parte opuesta del campo. Para entrar en la grada tuvo que pedir permiso al mundo Tenson, que estaba el primero en la fila... Pero, ¿cómo iba a insistirle él que aquel muchacho de aspecto tan agradable y distinguido era el abofeteador de tipo innoble que la Princesita le había descrito? Le pidió el permiso con mucha flaquea y Tenson le cedió el paso sin retrarle apenas, porque en aquel momento se había profundizado en el campo una fusada emocionante. Uno de los delanteros ingleses llegó con el balón hasta la red escocesa pero en el momento de chutar, el portero se tiró a los pies y los dos rodaron por el suelo. El balón, dando botes, vino a parar al alcance del trío, que, caído como estaba en el suelo, de un golpe de la cabeza le metió en la red de los escoceses. Todo el público se puso en pie, las opiniones estaban divididas. El árbitro consultaba a los jueces de línea y había en todo el campo un silencio ensordecedor... El Duque, contagiado también por la perturbación general, en vez de seguir hasta donde estaba Terbanks, corrió más del caso ponerse a increpar por su cuenta al escocés del muelle, Dayt, que lo estaba viendo desde el palco, no comprendía al principio por qué discutía el Duque con aquel hombre. Pero, en cuanto miró a éste detenidamente, se explicó el error en que había incurrido su amigo por culpa del embuste. Era ya tarde para remediarlo, porque el cargador, de un bofetón, había hecho rodar al Duque por la grada. Le sacaron sin sentido, sacando de una herida que se había hecho en la cabeza y como Dayt, compadecida, saltó a prestarle auxilio, ya no pudo ver lo que ocurrió luego. Y lo que ocurrió luego fue que el Duque, paralizado acéfalo de los golpes, se había puesto a discutir la fusada con todo el grupo de escoceses, que le rodeaban... Tenson, que estaba escuchando ese momento, entendió que aquel era el mejor y más oportuno momento para acercarse a discutir la fusada con todo el grupo de escoceses, que le rodeaban... Tenson, que estaba escuchando ese momento, entendió que aquel era el mejor y más oportuno momento para acercarse a discutir la fusada con todo el grupo de escoceses, que le rodeaban... Tenson, que estaba escuchando ese momento, entendió que aquel era el mejor y más oportuno momento para acercarse a discutir la fusada con todo el grupo de escoceses, que le rodeaban...

ciero, cuya fama ya se había hecho popular aquellos días, inmediatamente corrió por el campo la voz de que Terbanks acababa de recibir la tercera botellada de la serie. Unos policías habían querido detener al periodista, pero los asociados amotinados a su favor lo tranquilizaron. Terminó el primer tiempo del partido con el resultado de 2-0 a favor de los ingleses, aunque los anulaban el goal abolido Tenson durante el descanso salió del campo porque había visto salir a Dayt poco antes. Allí afuera estaba su coche, pero ella, no. No tardó en llegar después de haber visto que lo que tenía el Duke era una horrida lava, cuando corrían rápidamente en la Casa de Socorro. Cuando Tenson la vio acercarse, corrió hacia ella y satisfecho como estaba por el feliz resultado de su tercer intento, le dio con mucha naturalidad un beso, que a decir verdad, resultó un poco largo. Verdad es que era admirable aquel muchacho, que así alternaba las horas a la hija con las botelladas al padre. Ella no sabía más que sorberlo de darle la tercera. Por eso sin duda no protestó exactamente del ataque propio. Se limitó a decirle:

—Ha dejado usted como un pájaro desplumado.

Toda porque le había chafado un poco su casquete de piel blanca, lo miró que se abría y le había quedado las polvos de la cara. Dentro ya del coche, en cuya portezuela estaba apoyada los brazos cuidadosamente, mientras aseguraba a Tenson que lo detestaba.

—¿Por qué razón, concretamente? — preguntó él.

—Por dos razones. Porque es usted incorregible y...

—¿Por qué más?

—Porque tengo novia...

Apuntó al periodista y salió corriendo con el coche. Tenson volvió a entrar en el campo y subió a la tribuna, desde donde el repórter Laskett estaba radiando el partido. Con unas señas muy gráficas le dio a entender que acababa de dar a Terbanks la tercera botellada y que podía anunciarlo. Laskett lo anunció al dar el resultado del juego: "¡Atención, señores! ¡Atención, radiocorrespondientes! El joven Tenson, que no quiere olvidar de su reprochable obstinación de molestar al señor Terbanks, acaba de darle durante el partido la tercera botellada, unas 60.000 testigos! ¡Atención, atención! Resultado del partido:

Inglaterra-Escocia: 4-2 (Tenson-Terbanks: 3-0).

El resultado no puede ser más satisfactorio."

En el campo corrieron aplausos y sarcasmas. Dayt no pudo



... le dio a entender que acababa de dar a Terbanks la tercera ...



— Yo sabré guardarlos amorosamente como una flor delicada.

dir ni los unos y las otras, porque en aquel momento estaba discutiendo con su conciencia un poco alterada. Su conciencia era su propia imagen reflejada en el espejo de su tocador; ante el cual se había puesto a arreglarse los desperfectos del peinado cuando se quitó el sobrero al llegar del campo.

—No puedo aprobar la confianza que dispensas a un hombre, que está jugando en ridículo a tu padre — le decía la conciencia.

—Pero ¿lo hago por defenderle! — contestaba Daisy.

—¿Los otros también? ¡Y... hay que ver qué largos!

—Confieso que estoy enamorada de él. Pero así le dominaré mejor.

El espejo seguía repicando... Y Daisy, por no romperlo, se volvió de espaldas.

VII

Al día siguiente tuvo Daisy una idea maligna. Y Tenson, otra. La idea de Daisy consistió en contratar al transformista Panchito para colocarle en el despacho de su padre, caracterizado de aquella manera tan perfecta, que ella le había visto en el cabaret Rustigen. Cuando Tenson llegara aquel día a darle la bofetada, el falso Terbanks se quitaría el disfraz y Tenson quedaría en ridículo. — Ni una media bofetada ha dado usted nunca al verdadero Terbanks — aseguraría el transformista ante los testigos de la escena. Todos me han dado a mí. ¡Y ya es hora de que se entere! Se prometía Daisy que había de ser aquel un momento de mucha gracia. Por su parte Tenson había ido a visitar al repórter Laskett y le propuso que hiciera una entrevista al señor Terbanks.

—Sería una gran idea y un éxito para el periódico — convino Laskett. — Pero Terbanks no se prestaría al juego. No me recibiría siquiera.

—Y si le pasara usted mi tarjeta...! — sugirió Tenson, alargándole una.

Laskett la recogió inmediatamente.

—Comprendo. Me parece muy bien.

Conviniere entre los dos que cuando Terbanks viera la tarjeta de Tenson, le recibiría en seguida para que los detectives castigaran su audacia. Lo demás había de ser obra de la inspi-

ración y de la buena gracia del repórter. A media tarde se dirigió éste a casa de Terbanks y pasó la tarjeta. Inmediatamente fué recibido por el transformista disfrazado de financiero:

— Señor Terbanks — dijo Laskett al entrar — apelo a su buen humor para que podamos hablar un rato de un asunto suyo, que me trae apasionado a todo Londres. Y le pido perdón primeramente por la estratagema de que me he valido para llegar hasta usted... Porque no yo no soy Tenson, soy el repórter del "London News". El transformista aparentó creerlo. Pero pensó por el contrario que era entonces cuando empezaba la estratagema. Siguieron hablando y Flanelli esperaba a su momento la bofetada que se haría ganar las 100 libras prometidas, si resultaba bien el juego y lograba dejar en ridículo al abofeteador. Pero pasaban los minutos y no llegaba la bofetada... A la misma hora que tenía lugar esta escena en el despacho del Rey del Acero, en otra habitación próxima se hallaba el auténtico Terbanks tomando un baño de luz; y al lado, hablando con él... el verdadero Tenson. El encuentro había sido torcido. Precisamente Tenson había visto el coche del famoso doctor Lawrence parado delante de la puerta de Terbanks, y preguntó al chófer, demostrando inquietud, como si fuera un gran amigo de la casa.

— ¿Hay alguien enfermo arriba?

— No se sabe nadie por ahora — contestó el chófer.

Luego, como estaba leyendo el periódico, trabaron conversación a propósito del parido del día anterior y de la persecución que Terbanks era objeto.

— Esa es la enfermedad que tiene — explicó el chófer — según dice el doctor. Como el de las bofetadas le trae todo el día nervioso y desganado, creo que está enfermo.

No quiso Tenson saber más para sus planes. Poco después de salir el doctor, llamó desde un teléfono cualquiera a casa de Terbanks. Contestó un criado y Tenson le dijo:

— Soy el doctor Lawrence, que acaba de salir. Creo que me he dejado ahí mi paraguas.

El doctor no había dejado olvidado allí ningún paraguas naturalmente, pero Tenson aprovechó la ocasión para decir que se había olvidado de recomendar al señor Terbanks para sus nervios un baño de luz. Debía de tomarlo inmediatamente, porque eso le haría bien. Luego mandaría él a un ayudante suyo para saber cómo le había saucado el baño. No hará falta decir que el ayudante resultó ser el mismo Tenson que al entrar en-

contró a Terbanks metido en la caja del baño eléctrico, de la que solamente salía la cabeza por un orificio de la parte superior. Tenson cerró con cuidado la puerta de la habitación para que nadie viniera a interrumpirlos y se disculpó por encontrar a Terbanks en una situación tan desventajosa para él.

— No abusaré de ella — dijo —. Y le dió una bofetada tan suave, que parecía más bien una caricia.

Terbanks estuvo también muy gentil ya que no le quedaba más remedio, y pidió a Tenson, alargando mucho el cuello, que le diera de una vez las bofetadas restantes porque sus nervios no podían resistir tres días más esperando continuamente su visita. A eso no pudo acceder Tenson, primero por no faltar al compromiso explícito, que tenía adquirido con el público desde las columnas del "London News"; y luego porque perdería, según dijo, con aquella debilidad la estimación de una linda joven, de la que estaba enamorado.

— Ya me parecía a mí que en una obstinación tan absurda habría una cuestión de talos — dijo Terbanks fuera de sí — ¡y que me tenga yo que ver reducido a esta desesperación por los caprichos de una mujercuela!

Ahora fué Tenson el que perdió la calma al ver tratada de aquella manera a Daisy y sin mirar lo que hacía, dió a Terbanks una bofetada, que estuvo ya muy lejos de ser caricia.

— ¡Cinco! ¡Van cinco! ¿Por qué no termina usted ya su tarea? — suplicó Terbanks estirando otra vez el cuello.

Pero Tenson, temiendo ser débil otra vez, abrió sigilosamente la puerta y se marchó a la calle. Cuando Terbanks salió de su baño de luz oyó en su despacho gran ruido de voces y risas. Nosotros podemos imaginarnos en parte lo que allí ocurría. El transformista, viendo que el repórter ya se despedía sin darle la bofetada, empezó a insultarle en la creencia siempre que se trataba del propio Tenson, a quien él no conocía. El repórter con su entrevista lograda, no sentía el menor deseo de dar una bofetada a nadie, pero menos al que él creía ser Astor Terbanks. No tuvo más remedio el entrevistado que confesar al repórter la verdad de su papel y pedirle por días que se dignara darle una bofetada para cobrar las 100 libras de su trabajo. Como el repórter no quería aventurarse a que continuara la superchería que también a él había alcanzado, fué Flanelli quien, cambiando los papeles, dió a Laskett una bofetada de gran sonoridad... Era la señal que estaba esperando afuera, Daisy, el Duque y los detectives.

Entraron corriendo con gran algarabía. Dayst arrancó de golpe al transformista la peluca y las cejas postizas, y... — ¡Vohát! — dijo—. Aquí tiene usted señor Tenson el hombre a quien daba sus bofetadas... Pero al volver a Tenson... ¡aquél no era Tenson!

Falso poco que Dayst cayera al suelo sin sentido, con lo que se cortaron en seco las corcejas del Duque y de los detectives. Acabó de aclarar la situación la entrada de Terbanks, que tenía hinchada la mejilla izquierda y un humor de todos los demonios... Despidió de allí a todo el mundo y juró que se enterraría siete metros bajo tierra antes que Tenson pudiera volver a encontrarle.

VIII

Los sótanos del Provincial Bank tenían una cámara fuerte, cuya puerta pesaba varias toneladas. Se abría por medio de un mecanismo complicadísimo, que sólo conocían dos personas. Una de ellas era Terbanks. La puerta tenía dos llaves. Si con una de ellas se accionaba el mecanismo desde el exterior, no bastaba ella para abrir en el caso de que otra persona hubiera cerrado por dentro con la segunda llave. Dentro iba a vivir encerrado Terbanks durante cuarenta y ocho horas. Le acompañaría su abogado y hasta pensaba que iba a pasar bien, libre de sus obligaciones sociales, sin recibir visitas ni telegramas. Para acabar de alejar todo peligro, Dayst había logrado de Tenson que le acompañara a una excursión por las montañas de Escocia. Salieron a las nueve de la mañana y pasaron el día muy divertidos entregados a los deportes de la nieve. Dayst hubiera sido completamente feliz si Tenson no hubiera recordado de vez en cuando que a las seis y media de la tarde tenía que tomar el tren para Londres. Ella se arregló lo mejor que pudo para que lo olvidara, y a las seis y media, cuando ya la hora de ir al tren había pasado, le dijo:

—Por hoy deséala usted ya de la bofetada. Le será mucho más agradable comer conmigo en el albergue. Hay un buen menú de truchas, pavo mudo y pudding.

Hizo él una mureta de resignación y se dirigieron al albergue enlazados de la mano, después de haber corrido todo el día por campos de nieve en bobsleighs y trineos. Durante la comi-

da una orquesta se oía lejania, tocaba valse románticos. Bailaron y al sentir Dayst sobre su cintura la mano fuerte de Tenson, tuvo por primera vez la plena sensación de que había perdido la voluntad. En la ventana había nieve y estrellas. Tenson decía:

—¿Ve usted aquel lucero? Está a 348 millones de millas de distancia. Su luz había tardado muchos siglos en llegar a nosotros... Sin embargo, me interesan más los labios de usted, que sólo están ahora a diez centímetros de los míos.

Irar las mismas cosas que de un modo o de otro, se han dicho los enamorados, pero a Dayst, aquella noche, todo lo que le decía Tenson le parecían divinos poemas.

A la hora de acostarse, la acompañó él hasta su cuarto.

—¿Me permite que sueñe esta noche con usted? — le preguntó despidiéndose.

—¿Por qué no?

—¡Todo lo que yo quiera!

—¡Oh...! — y cerró la puerta con un mohín de espanto.

Cuando ya se iba a acostar llamaron a la puerta suavemente. Era el Duque que entró desolado.

—¡Princesita! ¿Qué hacéis aquí en manos de ese hombre sin escrúpulos?

—Conmigo se ha portado hoy muy gentilmente y además le he hecho perder el tren y la apuesta, porque lo que es hoy...

—¿Está segura?

—En su cuarto ha entrado ahora mismo a acostarse.

—¿A qué hora salisteis de Londres?

—A las nueve de la mañana.

—A las ocho y media, cuando vuestro papé atravesaba los sótanos del Banco para entrar en la cámara fuerte, de una cabina salió una mano, que era la de Tenson y se posó en su mejilla.

Al oír lo que el Duque contaba, Dayst se arrojó de bruces sobre el lecho, ahogándose de rabia.

El Duque se inclinó sobre ella suplicante:

—Vámonos de aquí, Princesita. Yo sabré guardarnos amorosamente como a una flor delicada. Ese hombre no os merece. Es dominante, despótico, brutal...

Dayst levantó un poco la cabeza y se quedó como en éxtasis de espaldas al Duque:

—¡Siga...! — dijo.

—... No sabrá nunca comprenderos. Os tiraniza. ¡Os tiene en sus manos como un juguete!

—Dejaré de serlo pronto — contestó Daisy sin abandonar su actitud — Os lo prometo. ¡Me vengaré!

—¿Cómo podrías...?

—¡Me casaré con él!

Se marchó el Duque desolado como había venido. Saltó Daisy a despedirlo y de regreso llamó con ira en el cuarto de Tenson, que estaba en el mismo pasillo. Pero Tenson se hizo el dormido y no contestó, porque había oído llegar al Duque y se imaginó lo que había pasado. Quería lucharla más. Entonces, a Daisy, desechada, se le ocurrió una idea... Ella pensó que era poco menos que diabólica. Cogió unos zapatos de hombre de los muchos que las huéspedes habían dejado en el pasillo y los colocó en la puerta junto a los suyos. Tenson la estaba oyendo y cuando Daisy se acostó, saltó él y al ver lo que había hecho, puso todos los zapatos de hombre que pudo encontrar, en corro de adoración frente a los zapatos de ella. Lo malo era que al cerrar con mucho cuidado la puerta de su cuarto, tropezó de espaldas con un candelebro que se cayó produciendo bastante ruido. Volvió a salir ella, vio la burla de los zapatos y se los tiró a pares a Tenson contra el mantente de la puerta. Casi toda la noche la pasó colgando y se levantó tarde al día siguiente, aunque aparentando el mejor humor. Lo primero que hizo fue buscar un trineo e invitar a Tenson a salir en un pueblecillo próximo. A media mañana emprendieron el viaje.

—¿Sabe usted a qué pueblo vamos? — preguntó Daisy a Tenson, que iba guiando el trineo.

—Cuando usted se digna decirme.

—A Grimsby.

—Grimsby — dijo Tenson como recitando, es un pueblo del Condado de Driffling, que tiene una población de 1.100 vecinos y ofrece al visitante la particularidad de que en él vive un herrero, que conserva, legado por sus ascendientes, el privilegio que les concedió un Rey de Inglaterra, de poder casar en su herrería a las parejas que lo solicitan, aun sin el consentimiento de sus padres.

—¿Sabe usted la locución desde que iba al colegio?

—No, lo he leído esta mañana, porque estaba aburrido, en un prospecto del albergue.

—Se le ha olvidado decir que la concesión se otorgó en el año 1421.

—Instantáneamente. Por cierto que fue aquel un verano muy seco. Llovía tan poco, que los árboles seguían a los perros.

En estas y otras bromas semejantes, llegaron al pueblo y a la famosa herrería. Se oía dentro al herrero machacar sobre el yunque. Sus chispas salían hasta la calle. Tenson detuvo el trineo.

—¿Es aquí donde casan? — preguntó

Daisy, se había apeado ya.

—¿No se apea usted? — le dijo.

—¿Qué tenemos que hacer aquí?

—Casarnos — contestó ella con mucha tranquilidad.

—No me lo había dicho usted.

Se lo dijo ahora y tengo el honor de pedirle la mano.

Tomó Daisy la de Tenson, que estaba aún de pie sobre el trineo y tirando de él suavemente, le metió en la herrería.

—¿Casamiento o postales? — preguntó mientras machacaba sobre la herradura de un caballo, que también esperaba allí dentro a que se le calzara.

—Casamiento — contestó Daisy con rapidez.

—Das libras — apuntó el herrero. Luego cogió la herradura y se fue hasta el animal que esperaba. — El caballo ha llegado antes — dijo. — Enseguida voy con ustedes... ¿Es usted valiente?

— preguntó a Tenson.

Tenson, sin contestar expresamente, miró a Daisy de forma que equivalía a una respuesta.

—Pues haga el favor de tenerme la pata del caballo.

Mientras Tenson ayudaba al herrero a clavar la herradura, Daisy, llena de solicitud, acariciaba la cabeza del animal para que no se moviera. Cuando terminaron, se puso el herrero la peluca histórica y tomó el libro de actas que le trajo su mujer.

—¿Cómo se llama usted? — preguntó primero a la novia.

—De-l-ey — contestó ella muy despacio, mirando a Tenson, porque a él siempre le había dicho que se llamaba Baby. Tenson no la miraba a ella; estaba en aquel momento mirando al caballo.

—¿Qué más? — siguió preguntándole al herrero.

—Terbanks — contestó por ella Tenson, volviendo la cabeza.

—¡Ah! ¿De modo que lo sabía usted? — le recriminó Daisy.

—Claro.

—¿Y me engañaba?

—No, era usted la que me engañaba a mí. Y engañándose me ha traído hasta este lugar. Menos mal que en cuanto papá se entere...

—No se enterará ya a tiempo para impedir nuestro casamiento.

—Acaso, sí. Llegaré dentro de un momento. Antes de salir le puse un telegrama diciéndole lo que iba a hacer usted.

—Entonces ya sabía que veníamos a casarnos?

—Naturalmente. ¿A qué otra cosa podíamos venir aquí? Además necesitaba yo que el señor Terbanks viniera, porque hoy es el último día de la apuesta y como usted no me dejaría marchar hoy...

El herrero intervino:

—¿Pero, han venido ustedes a casarse o a disputar?

La ceremonia fue breve. Cuando estuvo terminando, llegó Terbanks con su abogado. Daisy le echó los brazos al cuello.

—Has llegado tarde, papá. Esto ya no tiene remedio. ¡Estoy muy contenta!

—Te equivocabas si creías que yo venía a impedirlo.

—Yo le avisé a usted a tiempo — intervino Tenson. — Pero, puesto que ha llegado tarde, le pido oficialmente la mano de mi hija.

—Y yo se lo concedo, pues soy ante todo un inglés y un "sportsman". Ha ganado usted la apuesta y se lleva el premio. Se lo merecer porque es intrépido y hombre de palabra. Puede usted darme la bofetada última, ya que para eso he llegado a punto todavía.

Tenson renunció a ella, naturalmente. Fue Daisy la que se la dio a él; y a continuación le abrazó cariñosamente.

—Ya empieza ella a vengarme — dijo Terbanks sonriendo. — Ahora me dejaré en paz a mí y se dedicará a tiranizarle a usted. ¡Haga usted feliz a este diablillo caprichoso!

El abogado Perkins no vio nada de esta escena final emocionante, porque andaba buscando todavía no sé qué artículo para las páginas del Código.

F I N

Editadas

- Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Taylor e Irene Dunne.
— 2. *El desfile perdido*, por Buck Jones.
— 3. *El gran impostor*, por Edmund Love.
— 4. *La vida de la Bohème*, por Martha Eggert y Jan Klepura.
— 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers.
— 6. *Cuando volvamos a amarnos*, por Margaret Sullivan.
— 7. *El tigre de Esnapur*, por La Jana.
— 8. *La tumba india*, por La Jana.
— 9. *Muñecas infernales*, por Lionel Barrymore.
— 10. *El cantante de Viena*, por Jan Klepura.
— 11. *Juventudes rivales*, por Charles Farrell y June Martel.
— 12. *La marca de Caín*, por Noah Beery (hijo) y Jean Rogers.
— 13. *Una chica de provincias*, por Janet Gaynor y Robert Taylor.

En preparación

Capitán Costali, por Karl Diehl y Olga Tschecchowa

Morir con honor, Buck Jones, Edward Keene y Fred Kohler

Baile en el Metropol, Heinrich George y Heinz von Cleve.

La excéntrica, por May Rolson.

PUBLICACIONES CINEMA

APARTADO, 47

SAN SEBASTIAN

De San Sebastián



N: 14